

EL BARRIL DE AMONTILLADO

P O E

EDGAR ALLAN POE

Mientras no llegaron a la ofensa, toleré las injusticias de Fortunato; pero, cuando éstas acabaron con mi paciencia, prometí vengarme. Ustedes, que conocen mi carácter, habrán comprendido desde luego que mi boca no pronunció jamás en vano una amenaza. Que debía vengarme era cosa resuelta. Y esta resolución me hacía olvidar todo peligro. Era preciso que yo castigara al hombre que me había ofendido, y debía castigarle impunemente. Una ofensa no se venga cuando el castigo alcanza también al ofendido.

Debo hacer constar que jamás, ni con palabras ni acciones di motivo alguno a Fortunato para que dudara de mi buena fe. Proseguí, como de costumbre, sonriéndole siempre, y no comprendió que mi sonrisa ocultaba la decisión de terminar con él que había formado.

Fortunato tenía un punto débil por donde podía ser atacado. Aparte de este pequeño defecto era un hombre casi temible. Se vanagloriaba de ser gran conocedor de vinos. Pocos italianos tienen el don de ser buenos catadores; su pericia es casi siempre ilusoria, acomodada al tiempo y a la oportunidad: es un charlatanismo para explotar a los ingleses y austriacos millonarios. Lo mismo ocurre respecto a las pinturas y piedras preciosas. Fortunato, como sus compatriotas, era un charlatán; pero tratándose de vinos añejos, era sincero. Sobre este punto, en nada me diferenciaba de él: me creía inteligente, y adquiriría partidas considerables siempre que podía.

Una tarde, entre dos luces, a mitad del carnaval, nos encontramos. Me saludó con gran cordialidad, porque había bebido muchísimo. Mi hombre iba disfrazado. Lleva-

ba un traje ajustado, de dos colores, y en la cabeza un gorro cónico, con campanillas y cascabeles. Tan dichoso me juzgué al verlo, que no acababa nunca de estrecharle la mano.

—Mi querido Fortunato—le dije,—le encuentro en buena ocasión. ¡Qué bien le sienta ese traje! Es el caso que acabo de comprar un barril de vino amontillado, y por lo menos, por tal me lo han vendido, tengo mis dudas...

—¿Cómo?—dijo—¿De amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y menos a mitad de carnaval!

—Tengo mis dudas—repliqué,—y he sido tan tonto que lo he pagado sin consultarlo antes. No pude encontrarle, y temí perder una ganga.

—¡Amontillado!

—Digo que dudo.

—¡Amontillado!

—Y puesto que está usted invitado a algo, voy a buscar a Luchesi. Si alguno ha que sea conocedor, es él. El me dirá...

—Luchesi es incapaz de notar la diferencia del amontillado y del jerez.

—Pues, a pesar de ello hay imbéciles que comparan sus conocimientos con los de usted.

—Vamos allá.

—¿Adónde?

—A sus bodegas.

—Amigo mío, no; yo no quiero abusar de su bondad. Sé que está usted invitado, Luchesi...

—Nada tengo que hacer. Marchemos.

—No, amigo mío, no. No se trata ya de sus quehaceres, sino del frío cruel que nota que está usted sufriendo. Las bodegas son muy húmedas, están cubiertas de salitre.